

Isaac Asimov

Los egipcios

Historia Universal Asimov



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Egyptians*
Traducción de Carlo A. Caranci y Carmen Sáez

Primera edición: 1981
Tercera edición, con traducción revisada: 2011
Séptima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Akenaton (detalle). Museo de Luxor (Egipto).
© CORBIS/Cordon Press
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5082-1 (O.C.)
ISBN: 978-84-206-5498-0 (T. 3)
Depósito legal: B. 30.914-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. El Egipto prehistórico
30	2. Egipto arcaico
50	3. Imperio Antiguo
74	4. El Imperio Medio
96	5. El resurgimiento del Imperio
119	6. La caída del Imperio
146	7. Dominación extranjera
158	8. El Egipto saíta
176	9. El Egipto persa
198	10. El Egipto tolemaico
228	11. Cleopatra
247	12. El Egipto romano
273	13. El Egipto cristiano
297	14. Las escenas finales
319	Cronología
325	Índice onomástico

*A Walter Lorraine
¡con firmeza!*

1. El Egipto prehistórico

El Nilo

Por el nordeste de África discurre un río muy poco corriente. Tiene una longitud de 6.756 kilómetros –es el río más largo del mundo– y se llama Nilo, del nombre griego *Neilos*. Se ignora de dónde proviene este nombre, pues para el pueblo que vivía en sus orillas era simplemente «el Río».

En la porción más septentrional del Nilo surgió una de las dos civilizaciones más antiguas del mundo; y a lo largo de seis milenios, una sociedad compleja pobló sus orillas con numerosas aldeas.

Durante la mayor parte de ese tiempo, el lugar del nacimiento del Nilo fue un misterio. Sus aguas corrían hacia el norte desde el lejano sur, pero nadie, en el mundo Mediterráneo antiguo, pudo penetrar lo suficiente en las regiones meridionales como para alcanzar sus fuentes.

Para los antiguos, el problema de las «fuentes del Nilo» fue tan difícil de resolver como el problema de «la otra cara de la Luna» lo ha sido para nosotros hasta que los satélites fueron capaces de fotografiarla.

Sólo en la segunda mitad del siglo XIX los viajeros europeos y americanos consiguieron conocer el Nilo desde sus fuentes hasta su desembocadura. En 1857 el inglés John Hanning Speke llegó hasta un gran lago que llamó Victoria, en honor de la soberana que entonces reinaba en Gran Bretaña. El lago se hallaba justo en el ecuador, y de él nacía el Nilo. Otros ríos aflúan al lago desde los montes de Kenia, próximos al sector central de la costa este africana.

A medida que el Nilo corre en dirección norte, hacia el mar, atraviesa varias regiones, en las que su cuenca va estrechándose y haciéndose cada vez más escarpada. Las aguas caen violentamente sobre las rocas y acaban formando cataratas; los barcos no pueden navegar en tales aguas, y las cataratas sirven para dividir el río en sectores.

Las cataratas se enumeran a partir de la desembocadura del río hacia el interior: la Primera Catarata se encuentra a unos 820 kilómetros de la costa. Hoy, esta catarata está próxima, por el sur, a una ciudad llamada Asuán, pero en los tiempos antiguos allí había una ciudad que los griegos llamaban Siene.

El tramo más septentrional del Nilo, entre la Primera Catarata y la desembocadura, es el escenario principal de los acontecimientos que se describirán en este libro. Fue en este tramo, que es navegable en toda su longitud incluso para las más sencillas embarcaciones, donde surgió esta civilización tan notable.

1. El Egipto prehistórico

El Nilo discurre a lo largo del borde oriental del Sahara. El Sahara (que en árabe significa precisamente «desierto») cubre la mayor parte del norte de África, y es tan extenso como Estados Unidos; de hecho, es el mayor desierto del mundo. En toda esta región tan amplia no llueve casi nunca. La única agua que se puede encontrar se halla a gran profundidad, con excepción de unos cuantos oasis, en los que el nivel del agua sí alcanza la superficie.

Pero el Sahara no fue siempre una región desértica. Hace 20.000 años los glaciares cubrían la mayor parte de Europa y vientos fríos llevaban la humedad hasta el norte de África. Lo que ahora es desierto era entonces una tierra placentera con ríos y lagos, bosques y praderas. Los hombres primitivos vagaban por ella, llevando consigo sus instrumentos de piedra sin pulimentar.

De forma gradual, sin embargo, los glaciares comenzaron a retirarse y el clima fue haciéndose cada vez más cálido y seco. Aparecieron las primeras sequías y la situación fue empeorando de forma paulatina; la vegetación desapareció, y los animales se retiraron a regiones que conservaban todavía suficiente humedad y en las que se podía vivir.

También los hombres emigraron, unos hacia el sur, hacia los trópicos; otros, hacia la costa norte. Muchos fueron hacia las regiones próximas al Nilo, que en esos remotos tiempos era mucho más ancho y corría perezosamente a través de extensas zonas cenagosas y pantanosas. Con todo, la cuenca del Nilo no era precisamente un lugar adecuado para la vida humana: sólo lo sería cuando las tierras perdiesen algo de su humedad.

Cuando esto ocurrió, el Nilo se convirtió en un don del cielo. Ya no importaba que el clima fuese más o menos seco, pues el río podía proporcionar suficiente agua para la tierra y para los hombres, haciendo que la vida a lo largo de sus orillas fuese no sólo posible, sino comfortable.

A lo largo del invierno, las nieves se acumulan en la cúspide de las montañas del África centro-oriental; en primavera llegan las lluvias, la nieve se deshace y en enormes cantidades las aguas bajan de los montes hacia los ríos y grandes lagos de la región. Estas aguas llegan al Nilo, que se va abriendo paso hacia el norte.

El Nilo se colma a causa de estas aguas y se desborda a partir del mes de julio, alcanzando su máxima altura hacia comienzos de septiembre, y no vuelve a su nivel normal hasta octubre. En los meses en que el río permanece desbordado, las aguas cubren las tierras sedientas y depositan una capa de fresco cieno, que la corriente ha traído desde los montes del lejano sur. De este modo, el terreno a lo largo de las orillas del río se renueva constantemente y se mantiene fértil.

Cuando los hombres penetraron por primera vez en la cuenca del Nilo, las inundaciones eran muy vastas y los extensos pantanos a ambos lados del río abundaban en hipopótamos, antílopes, grullas y otros muchos animales que podían ser cazados por el hombre. Paulatinamente, el aumento de la sequedad fue limitando las tierras inundadas; en ciertos casos, éstas quedaron reducidas a la proximidad de las orillas del río, de manera que durante muchos milenios las porciones de tierra que iban a beneficiarse de las crecidas serían, en la mayor parte de su recorrido, de una anchura no superior a los 20 kilómetros.

Además, los suelos fértiles cultivables se detienen en los límites de las tierras inundadas de forma tan brusca que incluso hoy en día hay numerosos lugares en los que una persona puede tener el pie izquierdo apoyado en el suelo fértil y el derecho en suelo desértico.

El Neolítico

Ya que la caza continuaba disminuyendo y la población aumentaba rápidamente en las tierras más próximas al Nilo, era necesario tomar alguna medida que permitiera aumentar la cantidad de productos alimenticios. Afortunadamente, se había originado un nuevo modo de vida hacia el año 8000 a. C. –cuando los glaciares de las regiones septentrionales iniciaban su última retirada– en el seno de ciertas comunidades del Asia suroccidental. En las tierras altas e irrigadas de lo que hoy son Irak e Irán, a unos 1.600 kilómetros al este del Nilo, el hombre había aprendido a plantar semillas y a recoger el grano que nacía de ellas.

Éste puede ser considerado uno de los puntos de partida de la llamada «Edad Neolítica» o «Nueva Edad de Piedra». El hombre neolítico desconocía todavía el uso de los metales, por lo que seguía utilizando instrumentos de piedra. Sin embargo, tales instrumentos estaban cuidadosamente pulidos y eran mucho más elaborados que los instrumentos de piedra sin pulimentar en forma de astilla o de laja de la primera Edad de Piedra y del Mesolítico.

Otro de los rasgos característicos del Neolítico era el desarrollo de la alfarería, la doma y cría de animales y,

como ya dije, la siembra y la cosecha de plantas. No sabemos todavía cómo se llegó exactamente a la invención de la agricultura (o «cultivo de campos»), pero sus ventajas fueron evidentes, pues permitió disponer de alimentos de forma segura.

Con anterioridad a la difusión del modo de vida neolítico, los hombres vivían de la caza y de la recolección de vegetales. Pero sólo había una cantidad determinada de caza, plantas y frutos en una región concreta, y en los años malos los hombres se veían obligados a desplazarse a grandes distancias para encontrar alimentos suficientes. El número de habitantes que cada región podía alimentar era más bien bajo.

Cuando el hombre aprendió a criar animales y a cultivar plantas, fue capaz de producir alimentos en grandes cantidades, mucho mayores que las que obtenía anteriormente con la caza y la recolección. Encerrando a los animales y cercando los campos cultivados, los pastores y agricultores evitaban que los animales silvestres o las demás comunidades humanas se apropiasen de ellos; de esa manera, el abastecimiento de alimentos aumentó y se hizo más seguro. Esto fue más notable en el caso de la agricultura, ya que las plantas resultaron más fáciles de encontrar y cuidar (una vez adquirida la suficiente habilidad) que los animales. Debido a que una hectárea de tierra cultivada podía alimentar a mayor número de personas que una hectárea de bosque, se dio un aumento de la población realmente explosivo allí donde penetró la cultura neolítica.

Asimismo, si el cazador (y, hasta cierto punto, el pastor) necesitaba trasladarse continuamente, el agricultor

se vio obligado a sedentarizarse. Era necesario permanecer junto a las tierras donde crecía el grano. Era necesario, además, vivir en comunidad para protegerse de manera solidaria contra los ataques de pueblos de cazadores y pastores (que no cultivaban cereales, pero que no veían obstáculo alguno en arrebatárselos a los que sí lo hacían), y construir aldeas: las primeras «ciudades».

Debido a que el hombre se veía forzado a convivir con el prójimo en las aldeas, la independencia de la banda cazadora pronto fue cosa del pasado. Los aldeanos desarrollaron métodos de cooperación con el fin de construir edificios, organizar la defensa y cultivar la tierra. En pocas palabras, crearon lo que se ha llamado la «civilización» (derivada de la palabra latina *civis*, «ciudad»).

La práctica de la agricultura acabaría extendiéndose fuera de sus tierras de origen, el altiplano iraní, a lo largo del milenio que siguió a su descubrimiento. La agricultura fue adoptada por otras comunidades, lo que produjo nuevos y espectaculares avances, en particular en dos zonas concretas: una de ellas era un valle entre dos ríos, el Tigris y el Éufrates, en el sur; la otra también era un valle formado por la cuenca de un río, el Nilo, a unos 1.600 kilómetros hacia el oeste. El valle del Tigris y el Éufrates se encontraba más cerca del lugar de origen y comenzó antes a practicar la agricultura y, por consiguiente, a desarrollar una civilización. Pero el valle del Nilo no se quedó atrás.

El modo de vida neolítico había llegado a implantarse plenamente en Egipto hacia el 5000 a. C. Las tierras del valle del Nilo conservaban en aquellos tiempos demasiada humedad y eran bastante salvajes como para dedicarlas cómodamente a la agricultura. Pero al oeste del Nilo,

a unos 200 kilómetros al sur de la costa mediterránea había un lago perfectamente adecuado para ello. Más tarde esta extensión acuática se denominó lago Moeris, debido a que el historiador y viajero griego Herodoto, que lo visitó hacia el 450 a. C., creyó que era un lago artificial construido por el legendario rey Moeris.

Pero no era artificial en absoluto, y la palabra *Moeris* es simplemente un término egipcio para designar «lago». Su existencia era natural, y recordaba los tiempos en que el norte de África era mucho más húmedo. En el lago había hipopótamos y otros animales menores, y durante cinco siglos, entre el 4500 y el 4000 a. C., en sus orillas hubo florecientes aldeas neolíticas.

Sin embargo, el lago sufría las consecuencias de la creciente sequía en las tierras que lo rodeaban. A medida que sus aguas descendían y que la vida disminuía, las aldeas establecidas en sus orillas se hicieron menos numerosas. Al mismo tiempo, con todo, la civilización conocía un mayor desarrollo en las tierras cercanas al Nilo, lo que permitió mejorar el control de sus aguas, que provenían de las lejanas montañas del sur.

Hacia el 3000 a. C. el lago Moeris alcanzó un nivel tal que sólo podía seguir existiendo si se conectaba de algún modo con el Nilo; los habitantes de las orillas del río tendrían que realizar un enorme esfuerzo (que aumentaría con el pasar de los siglos) para llevar a cabo tal conexión.

La batalla para conseguirlo se perdió hace unos mil años o más, y en la actualidad el lago ya no existe; en su lugar hay una depresión, en gran parte seca, en cuyo centro se sitúa un lago poco profundo, de unos 50 kilómetros de longitud y 8 de anchura. Esta superficie acuática,

1. El Egipto prehistórico



El valle del Nilo.

llamada Birket Qarun por sus actuales habitantes, de lengua árabe, es lo único que queda del antiguo lago Moeris. A orillas de este pañuelo de agua se encuentra hoy la ciudad de El-Fayum, que da su nombre a toda la depresión.

Los asentamientos neolíticos que fueron apareciendo gradualmente a orillas del Nilo (algo más tarde que en el lago Moeris) han sido excavados por los arqueólogos. Los restos de cada aldea que han ido apareciendo reposan sobre los de la anterior, y los estudiosos asignan un nombre a cada nivel (o edad), que deriva del de la última aldea que ha proporcionado mayor abundancia de restos. Así, se habla de la cultura tasiense, badariense, amratiense, etc. La población tasiense ya practicaba la agricultura; los badarienses eran buenos alfareros; y los amratienses criaban ganado vacuno, ovejas y cerdos, y construían barcas de juncos con las que navegaban por el Nilo.

Regadío

Las primeras comunidades agrícolas del Asia occidental crecieron en regiones en las que las lluvias eran lo bastante abundantes como para permitir el crecimiento de las plantas. En las regiones del Tigris y del Éufrates, y, en especial, en las del Nilo, las poblaciones no podían depender de la lluvia para regar sus cosechas. De ahí que se utilizase el agua de los ríos.

En un primer momento fue suficiente esperar a que la inundación disminuyese, y luego sembrar en el terreno fangoso. Pero a medida que la población iba creciendo,

las cosechas obtenidas de esta manera eran cada vez menores. Se hizo imprescindible, por tanto, abrir pasos en la orilla del río con el fin de llevar el agua a los lugares que la necesitaban. Una red de canales (tanto en el Nilo como en el Tigris y el Éufrates) permitía irrigar las tierras y conservarlas húmedas en épocas en que, a causa de la falta de inundaciones, se secaban completamente.

Esto dificultó las cosas en un sentido, pues no era fácil excavar canales ni mantenerlos en funcionamiento. Se trataba, en realidad, de un duro trabajo, mucho más duro que ver caer la lluvia. Y hubo de hacerse de forma colectiva, a través de una cooperación mucho más elaborada que la requerida para los trabajos agrícolas ordinarios.

En realidad, la necesidad de intensificar la cooperación y de desarrollar técnicas de regadío agrícola mucho más avanzadas puede haber sido el acicate que condujo a un desarrollo de la civilización, en esas regiones fluviales, mucho más alto que el alcanzado hasta entonces por las comunidades agrícolas de las regiones montañosas.

Las ciudades a lo largo de los ríos tenían que estar particularmente bien organizadas. Las personas que eran lo bastante hábiles y ambiciosas como para hacerse cargo de trabajos tales como la construcción y el mantenimiento de los canales, dominaron, de forma lógica y natural, las ciudades. Por lo general, establecían su prestigio y poder en nombre de algún dios local.

Los hombres primitivos estaban siempre dispuestos a creer que era algún ser sobrenatural quien hacía que germinaran las semillas y que la tierra diera sus frutos, y el trabajo de los gobernantes de la ciudad consistía en elaborar los ritos mágicos adecuados para convencer a los

dioses de que se comportasen bien. Procuraban, además, que tales ritos se realizaran de forma adecuada. Así, la gente del común creería firmemente que la prosperidad de la ciudad y la vida del pueblo dependía de la sabiduría y rectitud de las personas a cuyo cargo estaban los ritos. El resultado fue que el valle del Nilo se dotó de una clase sacerdotal que conservaría gran poder durante miles de años.

Las dificultades de la agricultura de regadío carecían de importancia si las comparamos con los beneficios que aportaba. A medida que un mayor número de personas aprendían a colaborar entre sí, los éxitos aumentaban. Se hizo necesario, por ejemplo, saber exactamente cuándo se producían las crecidas del Nilo, con el fin de aprovecharlas al máximo.

Los sacerdotes encargados del regadío estudiaron cuidadosamente el nivel de las aguas del río, día a día, y llegaron a descubrir que, por término medio, las crecidas se producían cada 365 días. De ahí que los habitantes del Nilo fueran los primeros en elaborar un calendario basado en el año de 365 días. Cada año estaba formado por doce meses, por ser doce los ciclos completos de cambio en las fases de la luna, que se desarrollaban en algo menos de un año, y porque el pueblo del Nilo (como todos los demás) había usado originariamente un calendario basado en la luna. Se asignó a cada mes una duración de 30 días, y al final de cada año se añadieron 5 días adicionales.

El calendario en cuestión era mucho más simple y manejable que cualquier otro de los inventados hasta entonces. Los historiadores no saben con certeza en qué fecha se adoptó por primera vez, pero podemos suponer

razonablemente que fue hacia el 2800 a. C. A lo largo de tres mil años no se inventaría nada mejor, y cuando se dispuso de un calendario más adecuado, éste siguió basándose en el egipcio, con apenas alguna ligera modificación. En realidad, nuestro calendario actual se basa todavía en el egipcio.

Asimismo, las inundaciones anuales del Nilo borraban los límites entre las tierras de propiedad individual. De ahí que fuese necesario buscar alguna fórmula para volver a determinarlos. Sabemos cómo esto dio lugar, lentamente, a métodos de cálculo que conocemos hoy con el nombre de *geometría* («medición de la tierra»). Del mismo modo se desarrollaron también otras ramas de las ciencias matemáticas.

Se hizo necesario igualmente incluir en los registros los límites de las tierras y las cantidades cosechadas. Había que crear algún sistema de símbolos para los diferentes números, las diferentes personas, los distintos tipos de cereales y otros productos, así como para los diversos acontecimientos.

Los habitantes de las regiones del Tigris y del Éufrates habían inventado, poco antes del 3000 a. C., un tosco sistema pictográfico («escritura mediante imágenes») que imitaba a los objetos que representaba. Los símbolos deben de haber sido muy simples en un primer momento, haciéndose gradualmente más complejos hasta llegar a representar todo aquello que los hombres querían decir.

Es posible que los habitantes del valle del Nilo hicieran suyo el concepto de escritura a través de las noticias que les llegaban por medio de los comerciantes y viajeros pro-

venientes de la región Tigris-Éufrates. Rápidamente, la gente del Nilo adaptó ese concepto a sus propios fines y necesidades, e inventaron símbolos propios, mucho más atractivos que los creados por los habitantes del Tigris y del Éufrates. En la región del Nilo, la escritura se había desarrollado plenamente poco después del 3000 a. C.

Este sistema de escritura se hallaba en manos de los sacerdotes. La gente del común no era capaz de leer ni de escribir el complicado conjunto de símbolos creado, lo mismo que hoy el hombre de la calle no puede hacer uso de la alta matemática. Los griegos, que algunos siglos más tarde inundaron el país como turistas y soldados, eran incapaces de leer esta antigua escritura, lo que es natural, pero como solían verla representada en los templos, pensaron que tenía un significado religioso, por lo que la llamaron *jeroglífica* («signos grabados sagrados»).

Seguridad

Las necesidades de regadío posibilitaron el desarrollo de grandes civilizaciones en el valle del Nilo y en el del Tigris y el Éufrates, aunque con notables diferencias en cada caso. Las cuencas del Tigris y del Éufrates estaban expuestas por el este, oeste y norte a la actividad de las poblaciones menos civilizadas de las montañas. Sometidas al terror constante de incursiones y saqueos, las aldeas de esta región fluvial construyeron murallas defensivas, y al tiempo que iban creciendo fabricaron armas y formaron ejércitos, instruyéndose en técnicas y disciplinas militares.

De este modo, las ciudades de la región del Tigris y del Éufrates se las arreglaron para mantener alejados a los bárbaros en la mayoría de las ocasiones. Pero en los períodos de paz, ¿qué podían hacer estas ciudades con sus soldados y con su armamento? Si no tenían nada que hacer, podían causar problemas a las ciudades que los empleaban. Como era natural, pues, las ciudades comenzaron a combatir unas con otras.

Las luchas permitían, a veces, colocar amplios territorios bajo una única soberanía, con lo que se formaban «imperios». Por otro lado, estas mismas luchas solían llevar a destruir la cooperación y los medios sobre los que se basaba la prosperidad agrícola, lo que daba paso a una «edad oscura» en la que la civilización declinaba y la prosperidad decrecía, de tal modo que los bárbaros vecinos podían aprovechar la situación para dominar la zona durante un tiempo.

El pueblo del Nilo se vio libre de todo esto durante siglos. Hacia el este y hacia el oeste de su pacífico valle sólo había desierto, que los ejércitos extranjeros difícilmente podían cruzar. Al norte estaba el Mediterráneo, y en las primeras épocas no había barcos adecuados para el transporte de ejércitos a través de ese mar. Por último, en el sur se hallaba la Primera Catarata, que impedía a eventuales enemigos llevar a cabo incursiones por el Nilo.

Durante largo tiempo el pueblo del Nilo vivió prácticamente seguro y aislado. Las aldeas no necesitaron armarse ni mostrarse agresivas. Muy pocas crecieron, y ciertos autores han descrito al valle del Nilo como una larga sucesión de asentamientos humanos.